





LOS AÑOS DEL CUERVO



CECILIA RANDALL

LOS AÑOS
DEL CUERVO

TRILOGÍA LOS ARCHIVOS DEL TIEMPO - III

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale



SIN LÍMITES



*A mi madre.
Te echo de menos.
A mi padre. A Lorenzo.*



El caballero blanco estaba en medio del fuego. Miraba a su alrededor, como desorientado, o quizá buscaba a alguien entre el humo, girando el rostro escondido por el yelmo de hierro. La escena en torno a él era indistinguible: el resplandor de las llamas lo teñía todo con un único y vívido color, y el humo cerraba la visual en una crisálida opresiva en perenne movimiento. No se veía horizonte, en aquella crisálida, ni entrada ni salida: solo fuego en todas direcciones y aquel caballero tan alto, con la espada desenvainada y roja de sangre, a pie, quieto buscando a alguien con los ojos, sin llamar a nadie.

Daniel Freeland sabía que lo estaba buscando a él. Lo vislumbraba en el fuego, como si lo viera a través de un vidrio límpido. Estaba enfrente, en medio de un incendio que no lo rozaba. Daniel no sentía el calor de las llamas ni el olor del humo o la crepitación de la materia que se consumía, ardiendo. Aunque el caballero hubiera gritado su nombre, él no habría conseguido captar su voz.

Estaba allí, a pocos pasos, y no podía alcanzar a aquel hombre armado, ni podía ser alcanzado. El caballero blanco no lo veía y no lo oía, porque el vidrio inmaterial que protegía a Daniel del incendio era también una barrera que separaba a los dos de cualquier contacto.

El caballero enfundó la espada con un gesto cansado, como si hubiera llegado demasiado tarde para salvar a alguien. Se quitó el yelmo y sus ojos claros estaban llenos de amargura y de dolor. Cuando se bajó la capucha, el pelo negro descendió sobre el es-

ternón casi hasta tocar las alas abiertas del halcón de plata bordado en la cota, en el centro de una faja vertical y azul.

Daniel compartió en lo más profundo el mismo dolor, sin embargo, no se movió ni dijo una palabra. Sabía que no habría servido de nada gritar, hacer aspavientos o correr donde el caballero blanco: ya lo había intentado muchas veces y en cada tentativa había visto al guerrero desplazarse con todo el fondo, cada vez más adelante, siempre a la misma distancia, como un espejismo, aparentemente al alcance de la mano y, no obstante, inalcanzable, sordo y ciego a cualquier llamada.

Abatido, Daniel dejó que la escena fuera cubierta por el humo y desapareciera en la oscuridad junto con el caballero.

Abrió los ojos de golpe, con un estremecimiento de angustia convertido en habitual como aquel sueño. Se quedó mirando el techo del dormitorio, apenas alumbrado por la luz que se filtraba entre las cortinas corridas. Recuperó el aliento, dejando que el corazón se calmara.

El alba debía de haber surgido hacía poco, al menos a juzgar por la tinta rosada sobre los bordes de las ventanas y por el silencio que aún reinaba en la calle. Sobre la mesilla blanca el despertador digital cambió la indicación de los minutos. Con el rabillo del ojo, Daniel interpretó las cifras luminosas reflejadas en la puerta de espejo del armario frente a la cama: 05:21.

Se volvió para mirar a Jodie, dormida junto a él. Estaba tranquila, acurrucada bajo las sábanas, y su respiración era leve y dulce. El pelo castaño estaba esparcido sobre el cojín y le cubría en parte la cara salpicada de pecas.

Daniel le rozó el rostro, cuidando de no despertarla. Había regresado tarde del turno en el hospital y tenía derecho a descansar, en especial ahora que había descubierto que estaba embarazada.

Ese pensamiento disolvió el último residuo de angustia dejado por el sueño para dejar espacio a la conmoción y el afecto. Daniel sonrió, alzándose sobre un codo para mirar con más comodidad a su compañera dormida en la densa penumbra.

Pronto habría sido padre, casi le costaba creerlo y sentía que el corazón se le aceleraba cada vez más ante esa idea.

Luego, como de costumbre, fue asaltado por otros mil pensamientos: la boda dentro de menos de dos meses, los preparativos, la casa que arreglar, el viaje de novios que reservar en la agencia... Comprendió que aquella noche no habría conseguido dormir, como tantas otras noches, y se levantó sin hacer ruido.

Bajó las escaleras oscuras con los pies desnudos, vestido mitad con una camiseta y mitad en pijama, y fue a beber algo en la cocina. En cuanto abrió la nevera para buscar la botella de leche, sintió que lo miraban dos ojos implorantes. *Skip*, un labrador color miel de apenas un año, meneaba la cola, esperanzado, ante la luz proyectada por el frigorífico, esperando a que sirviera un sorbo de leche en su cuenco vacío.

—¿Y tú, cómo has hecho para oírme? —le dijo Daniel—. ¿Además, es posible que siempre tengas hambre? Resígnate: no hay para los dos, deberás esperar a que vaya a comprar más a la tienda.

Sacudió la botella medio vacía, mostrando al perro los pocos dedos de leche que cubrían el fondo.

Skip gruñó su respuesta incomprensible y con la nariz empujó el cuenco hacia los pies del amo, moviendo la cola con entusiasmo.

—De acuerdo, ya entiendo —suspiró Daniel y vertió la leche al perro—. Yo me haré un zumo de naranja.

Algunos minutos después, perro y amo estaban en el umbral de la casa, bajo la galería de madera, mirando el cielo que aclaraba y anunciaba otra cálida mañana de mayo. *Skip* trotó de inmediato en el patio, dedicándose a la habitual vuelta de inspección del jardín y de todas las matas.

Daniel se quedó mirándolo un momento, luego entró en casa con el vaso de zumo de naranja en la mano. *Skip* era un buen perro, quizá demasiado vivaracho, pero prudente: sabía que no debía salir del perímetro del seto que delimitaba la casa y nunca se habría metido en problemas, por tanto, lo dejó en su paseo matinal, fue a aprovisionarse de tostadas, subió las escaleras y entró en el despacho.

Al pasar por el rellano, echó un vistazo fugaz a la puerta en-

tornada de un dormitorio, justo enfrente de aquel donde dormía con Jodie. La habitación era silenciosa y ordenada, la cama estaba hecha, la mesilla, ocupada solo por una lámpara. Todo parecía a la espera de un huésped que, sin embargo, no volvía desde hacía mucho, mucho tiempo.

Daniel se ensombreció y continuó adelante.

En el despacho se sentó frente al escritorio del ordenador, repleto de libros apilados. Encendió la máquina y, mientras la pantalla dejaba correr las inscripciones de los habituales controles de inicio de los programas, se demoró con los ojos entre los estantes llenos de volúmenes y la planta ornamental cercana a la ventana que daba sobre el patio.

Todo aquello que lo rodeaba le recordaba al amigo fraterno que ya no estaba, que nunca jamás volvería. La casa en que vivía con Jodie desde hacía más de dos años se la había dejado Ian Maayrkas: era la casa de sus padres y aquella en la que él mismo había vivido, solo, durante pocos meses antes de desaparecer. Daniel se había trasladado a ella algunos meses después, cuando había decidido convivir con Jodie, pero había cambiado solo parte del mobiliario: el despacho, por ejemplo, y el dormitorio de Ian habían quedado como él los había dejado. Solo el ordenador sobre el escritorio era de Daniel, aunque estaban conectados a él dos visores 3D y dos pares de guantes de fibra óptica, de aquellos suministrados con los videojuegos de última generación.

Daniel procuró ignorarlos: era pronto para ponerse a jugar, aunque la tentación era fuerte. Esperó a que los controles en la pantalla terminaran e inició el programa de correo electrónico. Mejor dedicarse a algo más útil, como por ejemplo preparar el habitual email falso que imprimir y llevar a la próxima cena en familia durante el fin de semana, esperando tranquilizar a sus padres.

Por desgracia, la estrategia ya no servía demasiado: Daniel fingía recibir emails de Ian, lejano y empeñado en quién sabe qué expedición arqueológica, y llevaba los mensajes impresos a los padres, pero John y Sylvia Freeland ya casi no los querían leer. Ambos estaban contrariados, Sylvia dolorida y John furioso, por el constante silencio de su ahijado Ian, que ya no se dejaba ver y tampoco oír por teléfono desde hacía tres años, desde que había

abandonado la cátedra en la facultad de Historia y una brillante carrera académica iniciada muy joven para dar vueltas por el mundo con expediciones arqueológicas comprometidas en excavaciones en los sitios más aislados del planeta.

Al menos, esto era lo que creían.

Daniel se encontró mirando la pantalla, con las manos inertes sobre el teclado. ¿Qué podía escribir esta vez en el falso email? ¿Qué otros detalles habría inventado de una misión arqueológica que no existía en absoluto? Y sobre todo: ¿de qué habría servido tanto esfuerzo?

A John y Sylvia ya no les bastaban los emails o mensajes escritos. Habían acogido en casa a Ian menor de edad y lo habían criado como a un hijo, para luego no recibir de él ni siquiera una llamada en tres años, y el asunto los había herido profundamente.

—¡Ingrato! ¡Ha olvidado todo lo que hemos hecho por él! —exclamaba, de costumbre, el coronel John Freeland, mientras su mujer, Sylvia, se secaba los ojos húmedos.

Daniel se ponía mal, siempre con el instinto de defender a Ian, porque sabía que no merecía reproches tan duros. Por suerte, su hermano Martin y Jodie compartían el mismo secreto sobre la desaparición de su amigo y, más de una vez, le habían impedido hablar demasiado, en un momento de ira. Cada vez más a menudo, Daniel se preguntaba si no era mejor evitar el tema y no nombrar a Ian en absoluto, para ahorrarse problemas y malos humores.

En cualquier caso, no habría sido nada fácil demostrar la verdad absurda que estaba detrás de la desaparición de Ian Maayrkas.

Daniel dibujó una sonrisa amarga mientras miraba la pantalla vacía y el cursor centelleaba siempre a la espera de recibir palabras en el teclado. «Papá, mamá, no es como creéis —se imaginaba anunciando—. Ian no os ha olvidado. Es solo que no puede telefonar o venir en persona, ni siquiera puede escribir un email. Ha pegado un salto atrás en el tiempo de ochocientos años y se ha quedado a vivir en 1215, con su mujer y su hijo. ¿Tenéis presente aquel caballero blanco con el emblema del Halcón que sueño junto con el incendio? Sí, es precisamente él: Ian Maayrkas, alias Jean Marc de Ponthieu, el Halcón de plata.»

Sacudió la cabeza y se apoyó con el mentón en las manos en-

trelazadas y los codos sobre la mesa. Bonita historia. Lo habrían tomado por loco, si se hubiera aventurado a contarla.

Sin embargo, el incendio con el que soñaba tan a menudo era un recuerdo vívido y verdadero, la última imagen que le había quedado del mundo medieval. Una habitación del castillo de Duncheater en Inglaterra sometida a sangre y fuego por un asedio, del que había huido desvaneciéndose y donde con toda probabilidad Ian lo había buscado en vano, quizá temiendo lo peor. ¿Había entendido que había conseguido salvarse a través de *Hyperversum* o había creído que estaba muerto?

A Daniel lo intranquilizaba la idea de no haber podido tranquilizar a Ian, de no haberle dejado al menos un indicio para confirmarle que estaba a salvo. No lo había vuelto a ver ni siquiera un instante, no había podido despedirse o abrazarlo por última vez antes de dejarlo en la vida que había elegido, la vida de un conde y caballero medieval.

De regreso en el mundo moderno, había intentado infinitas veces volver a abrir la partida, obligar a *Hyperversum* a concederle el acceso al mundo medieval, pero no había tenido suerte. El paso no funcionaba si él estaba solo: se había abierto cuando también Ian estaba presente en la partida, pero ahora él era inalcanzable más allá del espacio y del tiempo y nunca más habría podido usar un ordenador para jugar.

Desde el día de su separación habían transcurrido tres años.

«Antes o después deberé resignarme», pensó Daniel por enésima vez, sin embargo, algo dentro de él se negaba a admitir la inutilidad de sus intentos cotidianos, de sus partidas dentro de *Hyperversum*, a veces durante buena parte de la noche.

Resopló y se frotó con las manos la cara y el pelo rubio e indisciplinado.

Los había implicado a todos en estas tentativas: Jodie, Martin, que cuando no debía estudiar para la admisión en la Universidad o entrenarse para los partidos de baloncesto, incluso había procurado jugar en red, a través de internet, aceptando en la partida a jugadores desconocidos. Su personaje de caballero, creado a su imagen y semejanza, ya tenía una envidiable puntuación y se había hecho famoso en la comunidad virtual de *Hyperversum*, como también

sus escenarios cuidadísimos, pero esto para Daniel contaba poco.

La maldita puerta hacia el medievo permanecía obstinadamente cerrada y todos sus esfuerzos no servían de nada. Horas perdidas jugando sin ningún resultado.

Sí, antes o después debía resignarse, pensaba Daniel. Debía convencerse de que no bastaba ambientar las partidas en Francia, en Flandes o en Inglaterra, en los lugares y en las fechas del medievo en que había podido vivir; no bastaba escribir en el teclado los nombres del castillo de Châtel-Argent, morada de Ian, o el de Dunchester, casa de su enemigo, allí donde la conexión con el pasado se había interrumpido por última vez.

Ahora había visitado uno a uno todos los lugares que había conocido, los había reconstruido, para sus partidas, casi idénticos a los reales, ayudándose con los datos del último escenario preparado por Ian, pero luego no había llegado más allá. *Hyperversum* había funcionado siempre y solo como un videojuego normal y los paisajes perfectos y artificiales no habían conocido otra población que aquella en 3D creada por el sistema.

Daniel incluso había introducido en sus partidas el avatar que Ian había creado a su imagen y usado en cada aventura; lo había llamado con su nombre medieval, dándole incluso el título de conde, el emblema del Halcón y todos los detalles que correspondían a la identidad asumida por su amigo en la Francia del siglo XIII. Jean Marc de Ponthieu había sido recreado con todo detalle dentro de *Hyperversum*, pero solo era otro muñeco digital; Daniel lo llevaba consigo en cada partida, pero el personaje nunca había adquirido vida de verdad, no era la segunda piel de un jugador real: era solo un PNJ, personaje no jugador a disposición de Daniel y del ordenador.

Ian no se había vuelto a encarnar en su avatar y su destino seguía siendo un misterio perdido en los recovecos de la Historia.

Quién sabe cómo había sido su vida en el verdadero medievo, se preguntaba Daniel. Desde el punto de vista del siglo XXI, todos aquellos que había tenido ocasión de encontrar en el pasado ya eran polvo desde hacía siglos y la idea lo hacía enloquecer. No conseguía pensar en la muerte de Ian, que, no obstante, debía haber tenido lugar siglos antes de aquel momento.

La mirada le cayó sobre un libro voluminoso y cosido a mano, medio escondido bajo la pila de todos los demás. Un libro aparentemente con siglos de antigüedad y que, en cambio, olía a recién impreso. Estaba allí desde hacía tres años y él nunca se había atrevido a cogerlo más que para quitar el polvo de la portada y volver a ponerlo en su sitio.

Sabía que en aquel libro habría encontrado las respuestas a sus interrogantes, porque era una copia fiel de un manuscrito miniado del siglo XIII, en que estaba registrada toda la historia de la casa de los Ponthieu, de la que Ian formaba parte. Sin embargo, nunca había tenido el valor de abrirlo.

«No sé latín, no entendería una sola palabra», se justificaba siempre, pero sabía perfectamente que su único freno era el miedo de descubrir algo desagradable respecto de su amigo, de leer la fecha de su muerte. Cobardemente, prefería seguir macerándose en la ignorancia antes que tener la certeza de una mala noticia, por eso ni siquiera había querido confiar el libro a alguien que pudiera leer el latín en su lugar y nunca había buscado noticias en otras fuentes más accesibles a él, como libros o enciclopedias en inglés.

Frunció el ceño y se llevó a los dientes una tostada, volviendo a concentrarse en el falso email que quería escribir.

«Hola, Daniel», escribió, imaginando el tono con que Ian habría iniciado su mensaje dirigido a él. «Queridos John y Sylvia», corrigió inmediatamente después, esperando que un email más serio dirigido a sus padres sirviera para mantenerlos tranquilos durante algunas semanas, pero luego se encalló miserablemente en medio de las palabras. Escribió, borró, reescribió y no supo añadir una sola línea, hasta que el reloj del vídeo le hizo comprender que era hora de disponerse a ir a trabajar.

Resignado y de pésimo humor, apagó el ordenador y se levantó de la silla, preguntándose qué habría contado esta vez a sus padres cuando «el tema Ian» hubiera aflorado por enésima vez durante la cena del fin de semana.

«Maldita sea, Ian, creía que habría sido más fácil encubrirte», pensó con un suspiro.

La mañana en el laboratorio fue trágica.

No había sido buena idea levantarse a las cinco para escribir emails falsos y totalmente inútiles, se repitió Daniel en su centésimo bostezo. Por añadidura aquella tarde lo esperaba una aburridísima reunión organizativa que prometía prolongarse largamente.

Había confiado en ser eximido de ella en cuanto investigador más joven del Laboratorio Nacional de Física, pero no había tenido suerte. El director había decidido explicar a todos los colaboradores sus nuevas ideas sobre los procedimientos de análisis y sobre la redacción de los informes estadísticos. Nadie se habría salvado de sus tediosas explicaciones con mucha diapositiva sobre gran pantalla.

Daniel bostezó y suspiró por enésima vez, con la taza de café en la mano, que acompañaba siempre su comida comprada en el quiosco de perritos calientes de la esquina.

Fuera de las ventanas del gran edificio de vidrio resplandecía un sol cálido, pero velado por el halo de contaminación levantado de las calles de Phoenix. La primavera había alcanzado temperaturas casi estivales y la total falta de viento no ayudaba, desde luego, a despejar el cielo.

Daniel miró el reloj: 14:26, justo a tiempo de echar un vistazo al correo personal antes de disponerse para la reunión. Se sentó en el escritorio y se conectó con su webmail privada. Mientras la página se cargaba en la pantalla bostezó de nuevo.

—Nos hemos acostado a las tantas esta noche, ¿eh? —lo pinchó desde lejos su compañero Sal Ricardo, investigador como él, solo dos años más antiguo en el laboratorio. Estaba cogiendo de su escritorio el bloc de notas y la pluma para la reunión, ajustándose las gafas sobre la nariz.

—Mira que si de noche continúas de juerga con tu chica, coleccionarás dos gemelos en vez de tener un solo hijo.

Daniel le dirigió una falsa mueca molesta.

—Tú piensa en tus chicas, no te metas con la mía.

Ricardo rio.

—Te convendría dormir, mientras puedas. ¡Dentro de seis o siete meses la juerga habrá terminado! Y entonces, con un crío

chillando en brazos, las noches en blanco serán más largas y menos divertidas.

Daniel respondió con un gruñido y terminó su café, ahora tibio. Con los ojos ya recorría la lista de los emails de la mañana. Eran solo cuatro: el primero de Martin, que se aburría durante las horas de informática en la escuela; el segundo de un excompañero de Universidad que lo invitaba a su habitual *happy hour* del viernes por la tarde; el tercero solo *spam*...

Daniel apoyó sobre el escritorio el vaso de cartón de su café, cuando los ojos bajaron sobre el cuarto mensaje. La frase en el asunto era provocadora, decía:

«¿Listo para una nueva aventura?»

La dirección del remitente era desconocida, pero increíble:

faucondargent@hyperversum.com

Daniel se quedó como congelado en la silla. La releyó al menos diez veces, antes de acordarse de respirar.

Faucon d'argent. Halcón de plata.

El email tenía el dominio de la comunidad virtual de los jugadores de *Hyperversum* y solo quien participaba activamente en las partidas podía registrar semejante dirección.

Daniel desplazó el ratón con la mano temblorosa, clicó sobre el mensaje y lo abrió en la pantalla. El corazón le dio un vuelco, cuando leyó el contenido.

Monsieur,

Os espero esta tarde, 18:30 horas de Phoenix, en el campo de batalla en Pienne-Languedoc. 15 de octubre, Anno Domini 1215.

Je compte sur vous.* (^_^)

EL HALCÓN DE PLATA

Pienne. Languedoc. Y dónde demonios estaba Pienne, se preguntó Daniel, con la cabeza hecha un lío. ¿Y Languedoc? Y aquel

* «Cuento con vos.»

mensaje la mitad en lenguaje medieval y la otra mitad en francés, con mucha carita sonriente, ¿de dónde llegaba?

Para Daniel existía un solo Halcón de plata en el interior de *Hyperversum*: Jean Marc de Ponthieu, es decir, Ian Maayrkas.

«No es posible», pensó, pero sintió que el estremecimiento interior aumentaba a medida que consideraba con más atención todos los detalles de aquel mensaje inesperado.

1215 era el año en que había dejado a Ian, el año en que había ambientado todas las partidas intentadas después de su desaparición. El nombre de Languedoc sugería un vínculo con Francia, quizás había un sitio, en Francia, con aquel nombre...

«Ian lo sabría seguro», se reprochó Daniel, maldiciendo su ignorancia en geografía. «Ian probablemente ha estado en Languedoc», añadió en silencio, mientras los pensamientos se perseguían frenéticamente en su cabeza y desempolvaban recuerdos confusos, en que su amigo aludía a algo respecto de una denominada *langue d'oc*.

Estaba casi a punto de buscar aclaraciones en internet, cuando un relámpago le devolvió el recuerdo preciso.

«El sistema no diferencia entre *langue d'oc* de Francia del sur y *langue d'oïl* de Francia del norte», decía Ian en aquel recuerdo y se refería a la simplificación que *Hyperversum* hacía respecto del francés antiguo. Había pronunciado aquellas palabras al principio de la partida fatal que los había catapultado a todos al medievo por primera vez.

A Daniel se le erizó el vello.

Francia. 1215. El Halcón de plata. La partida de *Hyperversum*. Aquel tono coloquial en el email, el tono de quien se estaba dirigiendo a un amigo: todo en aquel mensaje remitía a Ian Maayrkas.

«¡No es posible! ¡Es ilógico! ¿Cómo puede Ian mandarme un email desde donde se encuentra?»

Daniel se pasó la mano por el pelo para apartarlo de los ojos claros, fijos en la pantalla.

«Todo *Hyperversum* es ilógico», recordó inmediatamente después. «Todo puede suceder en ese maldito juego. Si puede llevar a la gente al medievo, quizá pueda también hacer llegar un email desde otro siglo...»

Ahora la ansiedad, la esperanza y la curiosidad eran casi insostenibles. Daniel miró el reloj: 14:42, faltaban menos de cuatro horas para la cita con el misterioso Halcón de plata, pero parecía una eternidad.

«Debo ir a casa a preparar la partida. Buscaré en los mapas dónde se encuentran Pienne y Languedoc, luego programaré.»

—¡Eh! ¿Me oyes?

Daniel se sobresaltó por la voz cercanísima de Ricardo. El compañero estaba casi inclinado sobre el escritorio y lo miraba con aire preocupado. En la mano tenía bloc de notas y pluma.

—Llegaremos tarde a la reunión —añadió, señalando con el pulgar la puerta a sus espaldas.

Daniel cayó en la realidad. El laboratorio, la reunión: los había olvidado por completo y ahora se daba cuenta de que no podía escapar a casa de repente, porque no tenía idea de qué excusa inventar con su jefe y los demás compañeros.

Le costó ordenar las ideas y calmar el corazón lo suficiente para responder convenientemente al otro investigador.

—Sí, claro. Perdóname, estaba abstraído.

Intentó guardar las apariencias, con dificultad, y mientras se apresuró a cerrar la ventana del webmail. Pero la cabeza no conseguía apartarse del mensaje recibido del Halcón de plata.

—Me has espantado, tenías una cara... —dijo Ricardo—. También ahora estás blanco como una sábana. ¿Estás seguro de que estás bien?

—Segurísimo. Movámonos —zanjó Daniel y se encaminó primero, dejando plantado a su compañero.

Mientras atravesaba el umbral de la sala de reuniones miró el reloj: 14:46, ahora faltaban tres horas y cuarenta y cinco minutos para su encuentro con el Halcón de plata.

Respiró hondo. Iba a ser una tarde muy larga.